

JÓN GNARR

El indio



El indio

COLECCIÓN
LITERADURA

Jón Gnarr

El indio

Traducción de Rosa Ortiz i Huguet

y Jón Fridrik Arason



Primera edición: julio de 2016
Título original: *Indjáninn* (2006)

Esta obra ha sido negociada a través de www.forlagid.is

© Jón Gnarr, 2006, 2016

© de la traducción: Rosa Ortiz i Huguet, 2016

© de la traducción: Jón Fridrik Arason, 2016

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2016

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

Este libro ha recibido una ayuda del Centro de Literatura Islandesa



MIÐSTÖÐ ÍSLENSKRA BÓKMENNTA
ICELANDIC LITERATURE CENTER

IBIC: FA

ISBN: 978-84-945526-6-3

Dep. Legal: M-26279-2016

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Iceland on fire*, © Gian Luca Luisi, 2016

Producción gráfica: GOHEGRAF

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Jón Gnarr es un gran hombre que creo que ha ayudado a cambiar nuestra opinión sobre los políticos. Al hacerlo a su manera ha demostrado que es posible no solo dirigir la voluntad de las personas, sino también influir en ella de un modo positivo. con él las políticas gubernamentales se han concebido para el pueblo y por el pueblo. Me alegra mucho otorgar este premio a esta fuerza excepcional que es Jón Gnarr YOKO ONO, en la concesión a Gnarr del Premio Lennon-Ono por la Paz

**Amo a este alcalde islandés
LADY GAGA**

**mi alcalde favorito,
sin discusión alguna
NOAM CHOMSKY**

Jón Gnarr ha otorgado a la profesión de alcalde una nueva **SERIEDAD humana a través de un estilo **CÓMICO** radical, y, con un humor explosivo, ha ido modificando el anquilosamiento de ese cargo**
BJÖRK

Su singular planteamiento de la campaña electoral y su manera de gobernar lo han hecho **famoso en todo el mundo**
GAWNER

Un individuo **original y creativo**
POPMATTERS

El nuevo libro de Memorias de Gnarr **comparte su increíble historia y quizás pueda inspirar a más gente para que se involucre en la **política local****
USA TODAY sobre Gnarr

Infinitamente creativo y extremadamente compasivo
VICE

No va a ser una sorpresa para cualquiera que esté familiarizado con el trabajo de Jón que su relato sea a menudo muy divertido, pero está lejos de ser una novela puramente cómica, en realidad es profundamente trágica... La representación del aislamiento y del dolor experimentados por Jón Gnarr es, sin duda, la mayor fuerza de esta obra. Sin embargo, este no es el tema principal, sino más bien la forma en que el autor consigue describir la existencia confusa de un niño que no entiende su situación o que no sabe por qué se siente de la manera en que se siente.

**ÞORGERÐUR E. SIGURÐARDÓTTIR,
BOKMENNTIR.IS sobre EL INDIO**

NOTA DEL AUTOR

Seguro que muchos se preguntarán si este libro es una biografía o una novela. Es ambas cosas. No todo lo que cuento es exactamente cierto, aunque nada es realmente mentira. No creo en las mentiras. Creo que son el mayor obstáculo en el camino hacia la madurez espiritual. Pero le he dado la vuelta a muchas cosas. Escribo de memoria. Algunas cosas no las recuerdo exactamente, y tengo que confiar en la memoria de otros.

No me gustaría que este libro, y los que le siguen, se consideraran la historia de mi vida. Protestaría si una biblioteca lo clasificara como unas Memorias o una biografía. ¿Por qué? Porque al recordar hacemos ficción. Todos los recuerdos son ficción. Nuestro cerebro es el mayor embaucador del mundo. Dos personas pueden tener distintos recuerdos de un mismo suceso.

Quisiera que los lectores lloraran al leer este libro. También me gustaría que rieran. Pero no es obligatorio.

El indio

*Pensé en todos esos nombres, no una, ni dos, ni tres veces.
No, no pensé en ellos. Ellos se formaron en mi mente,
automáticamente, en una monótona sucesión que sin cesar iba
borrando lo que en mi conciencia fue quedando.*

Pórbergur Þórðarson.
«En la playa del Mar de la Muerte». *El sabelotodo*

EN EL PRINCIPIO DIOS creó el Cielo y la Tierra. La Tierra estaba sin orden y vacía, y las tinieblas cubrían la superficie del abismo, y el Espíritu de Dios planeaba sobre la superficie de las aguas.

Y Dios dijo:

—¡Hágase la luz!

Y la luz se hizo.

Sucedió a primera hora de la tarde del 2 de enero de 1967. Fue entonces cuando, formalmente, existí. Antes, nada existía y yo era solo una materia informe en la conciencia del universo; agua durmiente en un agua que no era tal en la eternidad, donde el tiempo no existe.

Al principio no tienes conciencia, y despiertas, de repente, como si alguien te hubiera tocado y vieras que ha llegado tu

turno. Estás desorientado y confuso. No sabes muy bien qué tienes que hacer. Pero poco a poco empiezas a relacionar cosas. El murmullo se transforma en lenguaje y palabras. Todo va aclarándose y te conviertes en algo maravilloso. Te das cuenta de tu existencia. Atesoras experiencia. Luego, descubres la existencia de los demás. Todo lo que haces va aumentando tu conocimiento. Cada experiencia es como un descubrimiento extraordinario. El cerebro recuerda, saca conclusiones y presupone un futuro inevitable de acuerdo con las circunstancias. El pasado se apila como basura sin separar. Te persigue allá adonde vayas. Lo llevas a la espalda como una bolsa negra. Se convierte en una flecha que indica el camino hacia el futuro, útil para afrontar lo que allí te espera. Cada paso adelante deja otro paso atrás. Y a medida que te llenas de pasado, adquieres más conocimiento del futuro. Antes de que te des cuenta, pasado y futuro empiezan a competir para obtener tu favor. Dejas de maravillarte del milagro de tu existencia. Todo se convierte en cotidiano.

Finalmente, la aventura pierde su encanto y se convierte en una sucesión de acontecimientos habituales. Pero entre el pasado y el futuro está el ahora, lugar de donde procedes antes de que empiece todo. El ahora es como el café. Te lo tomas y solo queda el poso. Y aprendes que lo mejor es tomártelo caliente.

MI LLEGADA CONMOCIONÓ a la familia. Mi madre me tuvo a los cuarenta y cinco años. Mi padre tenía cincuenta.

Les parecía que eran ya mayores para tener un hijo. Eso en aquella época también resultaba atípico. Mi madre se avergonzaba. No intentó esconder su embarazo, pero tampoco lo exhibía. No fue algo planificado. Yo fui fruto de un instante de irreflexión, un arrebató primaveral de mayo en el bosquecillo de Flókkalundi, en Barðaströnd, en uno de los parajes donde desembarcó el colonizador Floki, el de los cuervos. A esta tierra le dio el nombre de Islandia. A mí me pusieron de nombre Jón Gunnar. Jón por mi abuelo, Gunnar por mi tía Gunna.

Se calculó mi nacimiento para el día de Año Nuevo. Muchos apostaron que yo sería el primer niño del año e

incluso que aparecería en la prensa una foto mía y de mi madre. Mi madre lo desmintió rotundamente. Le disgustaba llamar la atención innecesariamente. Se resistía a dar a luz.

Los médicos le dijeron que, dada su edad, era muy probable que yo saliera retrasado mental. Le aconsejaron que se hiciera una amniocentesis por el riesgo de que el retoño pudiera padecer alguna enfermedad cromosómica. Era una intervención de riesgo y había peligro de perder el feto. Mi madre no mostró interés en ello. No confiaba en los médicos, así que aceptó lo que viniera sin quejas ni discusiones. Había aprendido por la dura experiencia a aceptar la vida tal como venía y también sus consecuencias. Mi madre no soportaba la deslealtad ni las excusas. También había aprendido que el camino fácil y cómodo pocas veces era la mejor salida. Como ya estaba embarazada, aceptó la responsabilidad de tener al niño y criarlo, fuera retrasado o no.

Mi nacimiento supuso una segunda desgracia para mi familia. No salí retrasado; esto fue un consuelo, pero, aparte del nacimiento, sucedió otro hecho horrible: salí pelirrojo. No hubiera sido peor el haber nacido negro.

Mi padre tenía el pelo oscuro. Mi madre era rubia. Todos mis hermanos eran de pelo oscuro. En la familia no había ningún pelirrojo. Ninguno. Ni entre los antepasados.

Mi abuela pensó enseguida que era algo sospechoso. Siempre había recelado de la gente pelirroja. Los pelirrojos, a

su juicio, eran los gitanos del Norte. Chusma. Ladrones por naturaleza.

Esto dio mucho que hablar, mucho chismorreo. Se puso en duda la paternidad.

—Me parece que no tengo nada que ver con este niño
—dijo mi padre bromeando.

Pero a mi abuela no le hizo ni pizca de gracia.

—Creo que de vez en cuando no estaría mal que estuvieras en casa.

La abuela Anna nunca lo superó y nunca me aceptó del todo. Para ella siempre fui un bastardo, la oveja negra de una excelente familia y una desagradable mácula. Cuando alguien me admiraba o me alababa, ella solía murmurar:

—Sí, el niño es listo y capaz, no se puede negar... Pero es pelirrojo.

LA CASA NUEVA ESTÁ TERMINADA y ya nos hemos mudado. Es grande y huele a cemento fresco y a humedad.

Apoyo la nariz en la pared desnuda y aspiro el extraño aroma. El olor se convierte en un recuerdo que mi mente retiene. Después de cuarenta años, sigo recordando ese olor y revivo la sensación cada vez que entro en una construcción nueva. Cemento, arena y agua. Hormigón.

Las ventanas de la sala están cubiertas de plásticos. Falta algunas puertas. Alrededor de la casa todo está patas arriba: hay zanjas, senderos de gravilla que conducen a casas a medio construir. Algunas casas están terminadas y ocupadas. Otras están vacías y rodeadas de andamios. Entre ellas, hay cimentaciones que esperan pacientemente que se construyan sus edificios. Algunos cimientos son meros espacios vacíos,

apenas hondos socavones con agua, como después de un bombardeo. Otros están cubiertos con placas de hormigón. Y de las placas sobresalen hierros de encofrado. Aquí y allá, esparcidas, hay hormigoneras y casetas de obra. Hay grandes camiones que van y vienen por el barro. Son rojos y grises, de cabeza articulada. Se llaman Skania Vabis. En cada casa hay pasarelas de madera para que la gente pueda pasar sin ensuciarse, dado el barro omnipresente.

Nuestra casa es un adosado de dos pisos. Es la última casa de una hilera de tres. Delante hay un parking. Nuestra casa es el número 1. El sótano es un apartamento de un solo dormitorio con entrada propia y que da al jardín de atrás. Mis padres lo alquilan.

Nuestro apartamento es grande. En la entrada hay un amplio recibidor. A la derecha, un trastero y una cocina grande con ventana que da a la calle. En la parte de delante, un salón enorme al que sigue el cuarto de la televisión, con estanterías. Desde el salón se pasa a un gran trastero donde está el congelador, y de ahí se va al piso de abajo donde se encuentra otro trastero. Del salón se puede salir al balcón, orientado al sur, que ofrece unas hermosas vistas sobre el valle de Fossvogur y Kópavogur. El balcón tiene dos puertas: una que da a la sala, y la otra, al dormitorio de matrimonio.

Una vez en la entrada, a la izquierda, se accede a un pasillo que tiene un gran armario y dos dormitorios con vistas

a la calle. El primero es la habitación de mi hermana Eyrún. Cuando se marche, más tarde, se convertirá en la salita del teléfono. Con el tiempo también será el dormitorio de la abuela Guðrún. Ella vive con nosotros mientras espera plaza en una residencia para gente mayor. Al lado, en la esquina, está el dormitorio de la abuela Anna. Estará con nosotros unos años hasta que se muera y entonces, automáticamente, su dormitorio pasará a ser el mío.

Al lado de mi habitación hay un baño grande, con bañera y un pequeño espacio para la lavadora y una pila. En el baño no hay ventana, solo una extraña claraboya colocada entre una viga y el techo, para la entrada de aire.

Al final del pasillo, está la habitación de matrimonio. Es el dormitorio más grande, con un armario empotrado. Allí dormí los primeros años, con mis padres. En la parte superior de la casa hay un desván que no se usa. Alrededor de toda la casa crece césped.

Tengo tres hermanos. Todos mucho mayores que yo. Mi hermano Óskar, tenía 25 años cuando yo nací y hacía tiempo que se había marchado de casa. Y dos hermanas. Anna Stína, que es veinte años mayor que yo y vive en Noruega, y Eyrún, doce años mayor.

Mi familia es una familia islandesa normal y corriente. Mi madre es ama de casa y empleada. Trabaja en la cocina del hospital municipal. Nació y se crio en Reykjavík. Era

la menor de ocho hermanos. Mi abuelo era albañil de profesión, pero trabajó poco en ello por una enfermedad. Era reumático y murió mucho antes de que yo naciera. Me lo contó mi madre. Tenía los dedos tan doblados que no podía moverlos. La abuela Anna, madre de mi madre, era ama de casa. Cuando mi abuelo enfermó, los hermanos de mi madre se encargaron de que, a pesar de la pobreza, a nadie le faltara de nada. Vivían juntos en un apartamento muy pequeño en Þingholt, un barrio de Reykjavík. Los hermanos mayores de mi madre se buscaban la vida, y así proveían a la familia de lo que necesitaba para comer. Las más de las veces, pescado que compraban a algún pescador del puerto. No había muchos lujos.